

Macedonio Fernández/ Jorge Luis Borges: la superstición de las genealogías

Es raro el literato que no se asusta de
parecer sólo literato

Macedonio Fernández

Lo que Borges denominó «la supersticiosa ética del lector» que consiste en leer lo que viene después como consecuencia de lo anterior, ha producido un tópico en los estudios críticos: el de suponer una relación de descendencia, simil de las parentales, entre las propuestas filosófico-literarias de Macedonio Fernández y las de Jorge Luis Borges. En una reflexión autocrítica Noé Jitrik hacía una síntesis de su posición frente a los textos de Borges que, por su lucidez evaluadora, creo podría englobar a una parte de la más sustanciosa producción crítica —argentina en su mayor parte— sobre la relación entre ambos autores: «(...) entretanto me referí a Borges en varios textos que no vale la pena citar: están ahí y él aparece en casi todos como el que dio al solitario y desesperado mensaje de Macedonio Fernández una forma sólida, una transmisibilidad que Macedonio no sólo no había podido alcanzar sino que desdeñaba: Borges como correa de transmisión que toca toda la moderna literatura latinoamericana y, a su través, la revolución macedoniana»¹. Borges, aparece pues como el hijo que domestica la herencia simbólica y la conjuga —la conjura—, limando toda su fuerza utópica. Como el propio Jitrik señala con agudeza, este movimiento diluye el desasosiego, la fuerza desestabilizadora de la escritura borgeana.

Otra parte de la crítica opera en sentido inverso: la potencia de Borges transforma a Macedonio en el referente necesario para comprender a Borges del cual, no obstante, siempre queda un «resto» inefable —espacio de la intranquilidad de los discursos

¹ Jitrik, Noé: «Sentimientos complejos sobre Borges», en *La vibración del presente*, México, F.C.E., 1987, pág. 15.

asertivos— que sólo se resuelve por la identificación: a pesar del ascendente macedoniano, Borges es «absolutamente» Borges.

Es cierto que la relación parental fue cultivada por ambos y a ese clavo ardiendo nos agarramos todos. Una relación parental documentada por Borges en dos direcciones opuestas, de reconocimiento o de negación. Así en una conocida cita afirmaba:

...Los historiadores de la mística judía hablan de un tipo de maestro, el Zaddik cuya doctrina de ley es menos importante que el hecho de que él mismo es la ley. Algo de Zaddik hubo en Macedonio. Yo por aquellos años lo imité hasta la transcripción, hasta el devoto y apasionado plagio. Yo sentía: Macedonio es la metafísica, es la literatura.

Y a éste le sucede el Borges que lo califica como un «excelente hablador» y lo coloca en el terreno de la maestría oral, no literaria. En la edición de la *Antología de la literatura fantástica* que hicieron Borges, Bioy Casares y Sivina Ocampo, Macedonio es presentado como «humorista y metafísico argentino», aunque se puntualiza que su obra es «originalísima y se distingue por el fervor y las continuas invenciones».

Por su parte, Macedonio con su característica finta escamoteadora de la monumentalidad de la escritura, llegó a afirmar: «Nací porteño y en un año muy 1874. Todavía no, pero muy poco después empecé a ser citado por Jorge Luis Borges, con tan poca timidez de encomios que por el terrible riesgo a que se expuso con esta vehemencia comencé yo a ser el autor de lo mejor que él había producido. Fui un talento de facto, por arrollamiento, por usurpación de la obra de él»².

El tópico parental se resuelve —arriesgo— entre ambas escrituras más que como un juego de herencias y débitos del «escritor joven» ante el «escritor viejo», en un juego de miradas entrecruzadas, de reflexiones semejantes y distantes, de fascinaciones y extrañamientos. Más allá del fetichismo de la cronología y de la genealogía, de las citas reverentes o irreverentes de Borges, de los admirativos juicios de Macedonio, lo que se establece entre ambas escrituras es un toma y daca en el que la identificación se rompe por la ironización de los lugares.

En el año 1924, según la dificultosa cronología de la producción macedoniana, había aparecido en el número 2 de la vanguardista *Proa*, en su segunda época, un artículo de Macedonio titulado «La Metafísica, crítica del conocimiento. La Mística, crítica del Ser»³. Un año después, el primer libro de ensayos de Borges, *Inquisiciones*, editado por *Proa* en 1925, incluye dos textos «La nadería de la personalidad» y «La encrucijada de Berkeley» reconocidos en su Advertencia final como: «los dos textos metafísicos que este volumen incluye, fueron pensados a la vera de claras discusiones con Macedonio Fernández (pág. 160)⁴. El propio reconocimiento contiene ya su regateo: el magisterio supuesto se explicita como terreno de una discusión que —al menos en el sentido liberal— implica un intercambio.

Dos objetivos diferentes, creo, guían estos primeros textos, y aunque empresa trivial frente a la densidad de las producciones de ambos autores, me gustaría puntuar ese explicitado terreno de discusión, partiendo de ellos.

² Fernández, Macedonio. *Autobiografía citada por Ramón Gómez de la Serna en su Prólogo a Papeles de Recienvenido*. Continuación de la Nada, Buenos Aires, Losada, 1944, pág. 14.

³ La datación sigue la establecida en la bibliografía de Macedonio realizada por Borinsky, Alicia, Macedonio Fernández y la teoría crítica. Una evaluación, Buenos Aires, Corregidor, 1987, pág. 187. Aunque las citas de sus textos, salvo excepción, siguen la edición de Fernández Moreno, César: *Fernández, Macedonio: Museo de la Novela de la Eterna*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982, se consignará la página entre paréntesis.

⁴ Borges, Jorge Luis: *Inquisiciones*, Buenos Aires, Proa, 1925. Las citas de estos textos siguen esta edición, la página se cosigna entre paréntesis. Debo la posesión de una copia de este texto no reeditado a la eficacia generosa de Enriqueta Morillas.

La tensión entre la afirmación del ser —lo existente— y la negación del mismo —la nada—, atraviesa la escritura macedoniana tanto en sus escritos metafísicos como en su producción más estrictamente adscribible a lo literario⁵. La argumentación de un idealismo radical, que niega la materia, la causalidad y sus derivados —el tiempo, el espacio, la separación entre realidad exterior e interior, la consistencia del yo— se levanta en los escritos macedonianos como afirmación de lo existente, descrito en su globalidad como el «todo-sintiente». Afirmación enfática, a veces con ribetes sensualistas, a veces desesperados, que conjura un fantasma que deambula y reaparece por los textos de Macedonio: la muerte.

Justamente el punto de partida de su artículo en *Proa* es mostrar la impertinencia de la muerte. El primer movimiento define al hombre como «unidad místico-práctica»; como práctico el hombre persiste en su ser, en su existencia; y como místico, para «enfaticar el ser, porque algo sea siempre y sea más (...) concibe, para contrastarlo, la muerte. ¿Cuál? La suya propia (...) ¿Dónde su muerte? En el pasado y el porvenir, palabras de dos muertes, a los que hace vivos para que contengan su muerte propia imposible. La palabra del ser es el presente. Cree figurarse a veces que su individuo psíquico comenzó en dado tiempo y que será otra vez nada en tiempo que vendrá; que es preexistido y postexistido por el mundo» (pág. 97). La necesidad de afirmación del ser produce la imaginación de su opuesto, la negación; y ésta a su vez trae consigo un conjunto de pseudo-preguntas que se dirigen al origen y al fin del ser, a la figuración de la muerte. Este es el mecanismo causalista por medio del cual se instituyen las categorías que sugieran continuidad: el tiempo, el espacio, el yo, la materia.

Para Macedonio estas figuraciones desvían al hombre de su cualidad mística, por ello la metafísica, como crítica del conocimiento, debe remover estas falaces categorías mostrando por el contrario la unidad del ser y a ello dedica el resto del artículo, refutando «los huecos juegos de Berkeley y Descartes» y afirmando que el «nómeno» y los imperativos categóricos kantianos son meros verbalismos, ingredientes «a-metafísicos» que Kant utilizó con un sentido filantrópico y tranquilizador, como «actitudes de su caridad hacia los hombres: las creía bienhechoras»⁶.

Tornando al terreno de la muerte: en tanto figuración a-perceptiva, pues las «únicas muertes que el hombre conoce son aquellas a que se sobrevive: el sueño profundo, el desmayo y los mínimos instantes de cada día en que nada se siente o piensa» (pág. 97), la muerte es «una obtención momentánea de la estética a costa de la mística». La belleza, opuesta a lo «bonito» en decir de Schopenhauer, se realiza solamente en la tragedia: la belleza, dice, «siempre nos conversa de la muerte».

Todo el fundamento de la metafísica macedoniana parte de esa certeza vivencial que él llama «el asombro de ser, de que algo sea». Este asombro es el que abre la «verdadera percepción»: esta certeza y perplejidad de ser conforma la percepción de la unidad: «La externalidad, la materia, “nuestro cuerpo”, y el cuerpo de nadie, no poseído psíquicamente, o cosmos, nada son, son inexistencias. Los estados que llamamos de percepción existen como estados, pero sin objeto; el ser, el mundo, no es

⁵ Vid. el análisis de las diferentes modalidades de la nada en el lenguaje macedoniano en: Barrenechea, Ana María: «Macedonio Fernández y su humorismo de la nada», en Lafforgue, J. (comp.): Nueva novela latinoamericana II, Buenos Aires, Paidós, 1974.

⁶ En un texto poco difundido, Codear fuera a Kant es lo primero en *Metafísica* (1934), editado por Ilka Krupkin, Buenos Aires, 1966, y que llegó a mis manos por la generosidad innumerable de Rafael Gutiérrez Girardot, las afirmaciones de Macedonio sobre Kant son menos magnánimas. Aparte de negarlo como metafísico, refuta duramente sus teorías estéticas. Como muestra cito su comienzo: «Es hasta poco serio refutar, tomar en serio muchos párrafos —que no proposiciones, porque si las hubo son pocas o no se entienden— de Kant. Así, no hay por donde empezar una computación de la inverosímil insignificancia de su teoría estética, excursión oficiosa, intrincada, con enredos, clasificaciones y denominaciones arbitrarias para disimular su incompetencia y carente vocación, en un asunto al que era escasamente sensible».